

DE GAITAS Y LIRAS: SOBRE DISCURSOS Y PRÁCTICAS DE LA PLURALIDAD TERRITORIAL EN EL FASCISMO ESPAÑOL (1930-1950)*

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
LUDWIG-MAXIMILIANS-UNIVERSITÄT MÜNCHEN

Las culturas e identidades subnacionales durante el franquismo acostumbran a ser vistas como víctimas de una política represiva sin apenas fisuras, de ensayos de genocidio cultural *tout court*, y como depositarios o vehículos de formas de resistencia contra un régimen que les denegaba todo derecho a la existencia. Aquí abordaremos una perspectiva complementaria: cuál fue el papel de las culturas territoriales subnacionales o subestatales dentro del discurso del fascismo español, del propio régimen y sus élites dirigentes a diversos niveles; y cuál fue su evolución, preguntándonos asimismo por la función instrumental de los discursos territoriales de geometría múltiple (regionalismo, provincialismo, pero también localismos varios) para la articulación del nacionalismo español falangista, y la forja de actitudes de consentimiento social hacia el franquismo. Pues esas identidades también jugaron un papel, con una intensidad y visibilidad variables y cambiantes, dentro de la propaganda cultural y simbólica de Falange y del franquismo, al igual que en el caso del fascismo italiano o el nazismo alemán, la Francia de Vichy o el salazarismo¹. Las culturas subnacionales eran contempladas como parte de un patrimonio cultural sobre el que debía refundarse la nación, estudiado por disciplinas como la dialectología o la etnografía. La tradición local fue considerada por muchos falangistas como el depósito más auténtico del pasado nacional, la reserva del espíritu popular y por tanto base de su regeneración autoritaria. Y a la reinención de esa tradición se le otorgaron diferentes significados.

Partimos de dos premisas para intentar acuñar un concepto útil de «regionalismo», que a su vez puede ser aplicado para comprender el lugar de lo local y lo regional dentro de una dictadura fascista o pseudofascista.

* La investigación en que se basa este artículo se enmarca en el proyecto de investigación HAR2008-06252-C0201.

¹ Cf. una reflexión comparativa en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. y UMBACH, M.: «Hijacked Heimats. National Appropriations of Local and Regional Identities in Germany and Spain, 1930-1945», *European Review of History / Revue Européenne d'Histoire*, 15:3 (2008), pp. 295-316.

1. ¿Qué es lo regional, y qué es lo local? No existe un consenso definitivo acerca de lo primero. Para algunos, las regiones son únicamente entidades político-administrativas. Toda comunidad territorial desprovista de ese reconocimiento sería meramente una *ethnie* en un sentido similar al acuñado por Anthony Smith². Empero, esa definición puede ser excesivamente reduccionista. El término «región» existe antes de la reivindicación de descentralización político-administrativa, aunque su naturaleza puede ser meramente cultural o etnocultural, y poseer unos límites territoriales relativamente imprecisos, y referirse a una esfera de identificación intermedia entre el espacio social de la experiencia vivida (lo local) y la comunidad imaginada dotada de soberanía, un espacio al que se le atribuyen características comunes, más allá del ámbito de interacción física, no necesariamente de naturaleza étnica o histórica³. Podemos definir de modo operativo el regionalismo como la cultura que sostiene y forja, en el espacio público, que un territorio determinado es una región. Esa afirmación se puede acompañar de una reivindicación de descentralización política, pero también puede carecer de ella. Desde este punto de vista, sí es factible hablar de regionalismos franquistas y fascistas.

2. En el caso de que un regionalismo reivindique una descentralización político-administrativa, podemos clasificarlo como un regionalismo político, o movimiento regionalista. Sin embargo, existen formas de regionalismo o de afirmación mesoterritorial cuyo principal vehículo de expresión es cultural, sin que las reivindicaciones políticas ocupen el centro de su agenda, mientras que preconizan la existencia de una entidad territorial basada en argumentos de raíz histórica, etnocultural o simplemente «funcional», integrada a su vez en una narrativa nacional(ista) correspondiente a un territorio de mayor ámbito. Aquí optamos por la definición de «nacionalismo regional» o regionalizado, adaptando el término acuñado por Anne-Marie Thiesse para el caso francés⁴. La diferencia entre las dos categorías es un matiz relevante. En el primer caso, el centro de la agenda está ocupado por la reivindicación de alguna forma de autogobierno o de descentralización territorial. La agenda política y cultural del nacionalismo regionalizado se centra en afirmar la nación «grande» a través del apoyo y exaltación de los niveles de identificación local, provincial o regional⁵.

Sin embargo, las imágenes, discursos y argumentos distintivos (desde la Historia a la domesticación de la Naturaleza, desde la cultura a los idiomas y dialectos

² Cf. SMITH, A.: *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986.

³ Vid. PETRI, R.: «Heimat/Piccole patrie. Nation und Region im deutschen und im italienischen Sprachraum», *Geschichte und Region/Storia e Regione*, 12 (2003), pp. 191-212.

⁴ Vid. THIESSE, A.-M.: «Centralismo estatal y nacionalismo regionalizado. Las paradojas del caso francés», *Ayer*, 64 (2006), pp. 33-64.

⁵ Para más detalles, cf. NÚÑEZ SEIXAS X. M.: «Historiographical Approaches to Sub-National Identities in Europe: A Reappraisal and Some Suggestions», en AUGUSTEIJN, J. y STORM, E. (eds.): *Region and State in Nineteenth-Century Europe*, Basingstoke, Palgrave-Macmillan, 2012, pp. 13-35.

tos o lenguas vernáculas, desde el folclore hasta la creación de paisajes...) que fueron elaborados para definir esa patria local o terruño, y que originariamente habían sido pensados para destacar su contribución peculiar a las glorias nacionales, o su carácter puramente representativo de las mejores cualidades del cuerpo de la nación, son susceptibles de generar a medio y largo plazo un potencial conflicto de lealtades entre sus territorios de referencia y la nación, cuyos estadios pueden cambiar a lo largo del tiempo. Aunque esas narrativas fueron inicialmente concebidas como partes de una narrativa identitaria más general, su desarrollo autónomo puede estar sujeto a una reinterpretación ulterior por nuevos actores, es decir, por aquellos que imaginan el territorio en cada contexto histórico. Todo depende de quién reinterprete esos materiales culturales, con qué postulados ideológicos se combina, y dentro de qué culturas políticas e intereses sociales son formulados⁶.

El nacionalismo regionalizado podía admitir interpretaciones divergentes. Sin embargo, podía ser compartido por actores ideológicamente diversos dentro del nacionalismo franquista. Y acabó, además, preso de sus contradicciones. ¿Qué esfera debía cobrar prioridad: la provincia o la región? ¿Qué era más relevante y más español: lo local como esencia de la patria, o las antiguas provincias de la monarquía preliberal, cada una con sus distintos fueros, tradiciones y códigos jurídicos? ¿Existe un regionalismo o nacionalismo regionalizado propiamente falangista, distinguible del franquista genérico, y en particular del de raigambre carlo-tradicionista y católica? El recurso a las identidades subnacionales como mecanismo de afirmación de la españolidad que fue desplegado por el primer franquismo no funcionó de la misma manera en todos los territorios de España. La capacidad y voluntad de integración de los distintos sentimientos de pertenencia territorial por el *nuevo Estado* franquista no se desplegó en todas partes del mismo modo y con los mismos objetivos. Había distintos patrones de tolerancia hacia la diversidad territorial o regional, que a menudo variaban de una región a otra, aunque la «materia prima» cultural (por ejemplo, una lengua similar) fuese semejante. Allí donde existía un sentimiento social extendido de identidad nacional alternativa a la española, como ocurría sobre todo en parte del País Vasco y en Cataluña, los discursos sobre lo local y lo regional que fueron emitidos por el régimen franquista, y de modo más específico por distintos actores dentro de sus filas —desde instituciones locales al partido único—, estuvieron marcados por el temor a resucitar un *separatismo* que se sabía vencido, pero no erradicado⁷.

⁶ CHATTERJEE, P.: «Comunidad imaginada, ¿por quién», en ÍD.: *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI/Clacso, 2008, pp. 89-105.

⁷ Así, por ejemplo, la prensa falangista de Castelló de la Plana podía aceptar el uso del catalán —siempre definido como valenciano, y usando una forma no estandarizada— de modo más generoso que la prensa falangista de Tarragona o Barcelona. En particular, con ocasión de las festividades locales en honor de santos patronos de los distintos pueblos. Vid. p. ej. «La encomienda de Fadrell. En la fiesta a su Patrono San Jaime», *Mediterráneo*, 25.7.1942; «Conservad vuestras tradiciones», *Mediterráneo*, 25.8.1942.

Las medidas de renacionalización franquista rebajaron la relevancia y el significado de algunos elementos diacríticos claves de la etnicidad subestatal, y redujeron el alcance de la interpretación de la historia regional subordinándola a la narrativa principal de la Historia nacional española. Aunque se pueden señalar ciertos paralelismos formales del uso de varios símbolos e imágenes —desde al paisaje al uso de algunos lugares de memoria, así como algunos discursos sobre el espíritu popular o la tradición— por parte de los nacionalismos subestatales y los regionalismos franquistas, se estableció una nueva frontera en lo relativo a la interpretación asumible de esos símbolos por el nacionalismo español. En algunas regiones en que los rasgos de una etnicidad diferencial eran fáciles de señalar, pero donde apenas se desarrolló un nacionalismo propio antes de 1936 —Aragón, Asturias, Andalucía, Valencia, Baleares...—, el nacionalismo regionalizado franquista ayudó a definir y reelaborar imágenes, símbolos y mitos que fueron después reinterpretados, en los años sesenta y setenta, por actores diversos, tanto en el seno del régimen como fuera de sus confines, y les atribuyeron significados opuestos, esto es, la reivindicación de la autonomía regional para dar a esa región o territorio una categoría «similar» al País Vasco o Cataluña dentro del marco de la reestructuración territorial que siguió al final del franquismo.

LA CUESTIÓN TERRITORIAL EN EL FALANGISMO DE PREGUERRA

Es ya bien conocido, aunque quizás no siempre se le otorga un papel determinante, que la oposición al otro interior por excelencia del nacionalismo español desde 1900, los nacionalismos subestatales, también fue relevante en el nacimiento de los primeros núcleos profascistas y fascistas en España, ubicados en la periferia y adoptando la forma de *ligas* patrióticas al estilo francés o argentino —como la *Liga Patriótica Española* de 1919, *La Traza* (1923), o la Peña Ibérica desde 1926. La relación entre contrarios se caracterizó también por la interacción y hasta las derivas individuales entre uno y otro campo, así como los trasvases de imaginarios culturales, ideas e interinfluencias personales. Así ocurrió primero con el grupo de pensadores, periodistas y políticos que concibió en el País Vasco la revista nacionalista heterodoxa *Hermes*, algunos de ellos luego miembros de la tertulia bilbaína del café *Lion d'Or*, como Ramón de Basterra⁸, Rafael Sánchez Mazas o Pedro Mourlane Michelena. También fue el caso de la fascinación por el líder catalanista radical Francesc Macià y por las condiciones sociopolíticas de la Barcelona de los años veinte —posible germen de un auténtico fascismo— que sintió el vanguardista y fascista Ernesto Giménez Caballero. Una fascinación que le llevó a asumir y transformar varias de las ideas sobre el imperio procedentes

⁸ DUPLÁ ANSUATEGUI, A.: «El clasicismo en el País Vasco: Ramón de Basterra», *Vasconia*, 24 (1996), pp. 81-100.

del teórico catalanista Enric Prat de la Riba y sobre todo del filósofo Eugeni d'Ors, así como a jugar con la pluralidad imperial hispánica desde las páginas de *La Gaceta Literaria*, que mostró una cierta apertura hacia las culturas periféricas peninsulares⁹. El fascismo era además, en el contexto de la Europa de los años veinte, a ojos de muchos intelectuales nacionalistas una ideología nueva y regeneradora. Esto también atraía a más de un nacionalista subestatal, desde los poetas catalanistas J. V. Foix y Josep Carbonell hasta el modesto maestro galleguista Manuel García Barros en la villa pontevedresa de A Estrada. La unidad alrededor de un líder, la aclamación de las multitudes, la virtualidad palingenésica de la movilización en nombre de la nación, la ruptura con los modos de la *vieja política* parlamentaria y su sublimación de elementos aparentemente opuestos, como eran la nación y la revolución, como alternativa a la revolución social, eran elementos susceptibles de causar fascinación en todo tipo de nacionalistas. Se trataba, pues, durante la década de 1920 y los primeros años de un contexto sumamente lábil, en el que las identidades nacionales podían fluctuar en función de los proyectos políticos.

En los primeros núcleos específicamente fascistas que nacieron en Madrid y Castilla a principios de la década de 1930, desde el grupo de *La Conquista del Estado* liderado por Ramiro Ledesma Ramos hasta las Juntas Castellanas de Acción Hispánica de Onésimo Redondo, también apuntaban algunos signos en ese sentido. El nacionalismo imperial podía ser compatible con algún tipo de autonomía por la base, no necesariamente de las regiones —el manifiesto de *La Conquista del Estado* (febrero de 1931) aludía a una «Articulación comarcal» de España compatible con su afirmación nacional, quizás resabio de la propuesta de Ortega y Gasset en *La redención de las provincias* (1931)—, sino de demarcaciones territoriales a las que se les concediese una autonomía administrativa pero eso sí, *simétrica*, en una suerte de poco definido federalismo imperial¹⁰. Pero, desde abril de 1931, la nueva hegemonía en el mapa político catalán de la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) de Macià, sus coqueteos con el obrerismo, la fugaz proclamación del Estado Catalán y la imposición de facto de la cuestión autonómica en la agenda política de la naciente República, convirtieron al catalanismo político en el gran enemigo al que oponerse, un adversario que sustituía al sibilino Francesc Cambó, con quien Ledesma había mantenido algún contacto, y su táctica de influir en España para, se afirmaba, debilitarla desde dentro mien-

⁹ Vid. UCELAY-DA CAL, E.: «Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán. El proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933», en BERAMENDI, J. G. y MÁIZ, R. (comps.): *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 39-96; así como ÍD., *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

¹⁰ Vid. SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 123-28.

tras hablaba de regenerarla¹¹. El periódico vallisoletano *Libertad*, promovido por Redondo, había iniciado su andadura esgrimiendo sobre todo dos mensajes: nacionalismo español y furibundo anticatalanismo¹². El castellanismo a ultranza, que combinaba el lamento y el argumento de agravio comparativo por la postración y maltrato al que se habría sometido a Castilla, junto con la afirmación de la centralidad de Castilla en la construcción de España y su imperio, por ser garantía de independencia y unidad, devino en un elemento fundamental de la ideología de Onésimo Redondo y, en buena parte, también influyó en la de Ledesma Ramos¹³.

Para Ramiro Ledesma, la patria tenía que ser unitaria y disciplinada, aunque podía admitir formas de descentralización más inocuas (municipal o comarcal), que permitiesen ir más allá del regionalismo y del separatismo y bucear en las auténticas esencias de la patria. Así lo defendía también de forma un tanto heterodoxa el jonsista catalán José M.^a Fontana Tarrats en 1933, advirtiendo de que un españolismo homogeneizador sólo haría crecer el separatismo, y proponiendo por el contrario una «Unidad de espíritu y fervor patriótico en la variedad de necesidades, matices y formas»¹⁴. Pero la nación debía ser el sustento del Estado, con el que se identificaba mediante la movilización permanente: «La Patria es coacción, disciplina. [...] Al asumir el Estado rango nacional, identificándose con la Nación misma, hizo concreta y fecunda la fidelidad a la Patria, hasta entonces emotiva y lírica»¹⁵.

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) fundadas por Ledesma en octubre de 1931, tuvieron en sus primeros tiempos un cierto componente intelectual periférico —sobre todo gallego, con adalides como Manuel Souto Vilas, José M.^a Castroviejo o Santiago Montero Díaz, alguno de los cuales también había coqueteado con el galleguismo cultural, en particular Montero—, y que jugó con una retórica de «pluralidad imperial»¹⁶, pero a la hora de la verdad lo que primaba era la desconfianza hacia los *separatismos* y los proyectos de Estatuto de autonomía. Ahí, como mostró la ejecutoria de las JONS gallegas bajo la dirección de Montero Díaz en el otoño de 1933, se jugó a fondo la carta de la apuesta por la férrea unidad centralizada del Estado, la preferencia por la homogeneización lingüística del mismo y una visión conspirativa de los nacionalismos y regionalismos políticos de la peri-

¹¹ Vid. por ejemplo «La peculiaridad política de Cataluña», *La Conquista del Estado*, 5, 11.4.1931, y «España única e indivisible», *La Conquista del Estado*, 14, 13.6.1931, reproducidos en LEDESMA RAMOS, R. [T. Ledesma Ramos, ed.]: *Escritos políticos. 1931*, Madrid, Trinidad Ledesma, 1986, pp. 124 y 145.

¹² Cf. SALAYA, G.: *Anecdotario de las JONS*, San Sebastián, Yugos y Flechas, 1938, pp. 24-25; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 146-49.

¹³ Vid. por ejemplo REDONDO ORTEGA, O.: «Castilla en España», *JONS*, 2 (junio 1933).

¹⁴ FONTANA, J. M.^a: «Cómo conseguir la unidad del Estado», *JONS*, 8 (enero 1934).

¹⁵ LEDESMA, R.: «La voluntad de España», *JONS*, 3 (agosto 1933) [en id., *Escritos Políticos JONS*, pp. 94-98].

¹⁶ Sobre el caso particular de Montero Díaz, cf. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012, pp. 86-99.

feria, presentados como arietes de una conspiración exterior, fuese portuguesa, británica o francesa. Así se esperaba atraer voluntades alrededor de la exaltación del nacionalismo español. Por ello, cabía también renegar del cultivo de culturas y lenguas distintas del castellano más allá de los géneros literarios menores, pues aquéllas llevaban consigo, en última instancia, la simiente de la disgregación. La nación debía ser homogénea en su configuración cultural, mediante la forja de una «cultura hispánica» exportable a Iberoamérica y que debía ser «común y totalitaria», impuesta a las demás culturas peninsulares mediante la escuela y la cátedra universitaria. El castellano era un idioma ecuménico, y debía ser lengua oficial exclusiva, si bien todavía dejaba un margen a la pluralidad de modo limitado, al reconocer «después la conveniencia del cultivo de las otras». Cultivo subordinado y cierto reconocimiento simbólico, pero no cooficialidad administrativa y en la enseñanza. Montero Díaz admitía que cada provincia y región poseyese sus pasados particulares y sus mitos de origen singulares, y reconocía que todos ellos habían enriquecido el acervo de la patria, al modo de *estilos* peculiares, aportando un «acento propio» a la obra común: «Los mitos regionales españoles son, sencillamente, ‘los estilos’ con que cada región colaboró en crear a España. Las maneras propias de ayudar a esa obra solidaria». Esas modalidades empezaban por el «sentido armonizador, repoblador, católico» de Galicia, mientras Castilla tendría «su genio organizador, imperial, creador de inmensas solidaridades universales», y Cataluña «el suyo constructor, humanista, industrial, sindicalista». Pero, ninguno de esos caracteres populares o estilos bastaba para convertirse en fundamento de una nación diferente. Por esa razón, su exaltación sólo conseguía transformarlos en fundamentos de disgregación y «rencorosa feria de vanidades»¹⁷.

Ramiro Ledesma seguiría en buena medida postulados semejantes, y al confluir en Falange Española en marzo de 1934 contribuyó a forjar la teoría del imperio y la nación *misional* que adoptó la organización, además de acentuar su rechazo al catalanismo desde la intentona insurreccional protagonizada por Lluís Companys en octubre de 1934¹⁸. De todos modos, tras separarse de FE y Primo de Rivera en enero de 1935 se podía leer entre líneas, en alguno de sus últimos escritos de 1936, un mayor espíritu dialogante hacia los «separatismos», y hasta una actitud moderadamente favorable a algún tipo de federalismo hispánico y de afirmación de la diversidad regional a través de un Estado integrador¹⁹.

En el núcleo intelectual y político madrileño, mezcla de neorteguianos y vanguardistas, que dio lugar a Falange Española (FE) alrededor de José Antonio

¹⁷ SMD: «Contra el separatismo. Esquema de doctrina unitaria», *JONS*, 7 (diciembre 1933).

¹⁸ Vid. sus reacciones en LEDESMA RAMOS, R. [T. Ledesma Ramos, ed.]: *Escritos políticos JONS 1933-1934*, Madrid, Trinidad Ledesma Ramos, 1985, pp. 213-21.

¹⁹ LEDESMA RAMOS, R.: «La contienda política y social del momento. Hombres. Ideas. Grupos», *Nuestra Revolución*, 1, 11.7.1936.

Primo de Rivera también figuraban intelectuales venidos de la «periferia» como los bilbaínos Rafael Sánchez Mazas o Mourlane, y hasta algunos que habían militado en el galleguismo político, como Eugenio Montes. Dentro de él se registraban impulsos en el fondo similares a los experimentados por las JONS, pero que, por influencia de los seguidores del filósofo Ortega y Gasset, y con la aportación posterior del ultranacionalismo imperial de Ledesma Ramos, fueron progresivamente tamizados por el nuevo énfasis joseantoniano en la idea misional de nación. Era éste un concepto, una vez más, de raíz orteguiana —de proyecto sugestivo de vida en común a unidad de destino, manera hispánica de la *Schicksalsgemeinschaft*—, que se debía colocar por encima de la tierra y los muertos, y que sublimaba en una misión exterior el reconocimiento forzado de que España era plural y compleja internamente, pero no podía dejar de ser una nación. Insistir en las esencias terrenales, idiomáticas o culturales era una forma de dar ventaja a los nacionalismos «regionales», que José Antonio despreciaba intelectualmente. Pues aquéllos no serían sino hijuelas del romanticismo, sí, pero muy difíciles de combatir sustituyendo sentimientos por sentimientos, ya que en lo relativo a los «resortes primarios» de la emotividad, siempre ganaría el más simple, y por tanto el más cercano. La manera de superar la contradicción era reinventando el concepto de nación, transformándolo en una unidad de destino histórico, «el pueblo considerado en función de universalidad», y renegando del concepto de nacionalismo, que no sería más que «el individualismo de los pueblos»²⁰.

Sin llegar a reflexionar en gran profundidad sobre la cuestión nacional, en varios de sus escritos se apreciaba igualmente en José Antonio el rechazo al desafío a la unidad de España que supondría en primer lugar el «regionalismo divisionista», además de la lucha de clases; pero también insinuaba que cierto grado de variedad, cuyo alcance y concreción político-institucional no se detallaba, era compatible con la idea de nación como proyecto y misión universal. La diversidad de España era rotunda e indiscutible, y no se podía aspirar a construir una nueva nación con sino imperial negando la realidad: que España era «varia y plural, con sus lenguas, con sus características», pero sus pueblos estaban unidos en un destino. En particular, *José Antonio* manifestaba su cierta admiración por Cataluña y su personalidad diferenciada, que situaba en primer lugar y seguida de otras muchas regiones que «existen con su individualidad»²¹. Junto a ello, tampoco meditó en exceso sobre otros temas, como el papel de la lengua como elemento de unidad y homogenei-

²⁰ PRIMO DE RIVERA, J. A.: «Ensayo sobre el nacionalismo» [abril 1934], en *Obras de José Antonio Primo de Rivera. Edición cronológica* (ed. A. del Río Cisneros), Madrid, Aemna, 1971, pp. 211-18; «Unidad de destino», *Arriba*, 1, 21.3.1935. Vid. también la interpretación de SAZ CAMPOS, I.: *España contra España...*, pp. 140-44.

²¹ PRIMO DE RIVERA, J. A.: «España y Cataluña» [30.11.1934 y 11.12.1934], en *Obras...*, pp. 383-92. Vid. también la colección de textos del líder falangista *La Falange y Cataluña*, Zaragoza, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de F.E.T. y de las J.O.N.S., 1937

dad, si bien formaban parte esencial de su repertorio los argumentos del nacionalismo lingüístico forjados por la escuela de Ramón Menéndez Pidal una década antes: la creencia en la superioridad intrínseca del castellano por su asociación con el destino imperial de Castilla y su carácter, su mayor perfección fonética y lingüística, y su paulatina expansión como auténtica lengua española de fusión, sin imposiciones, que prefiguraría su difusión ultramarina²². La ampliación de los mercados culturales en idiomas periféricos y la introducción, todavía tímida, de las lenguas regionales en la enseñanza, junto con la (mucho más lenta) presencia pública, en particular, del catalán en comercios y rótulos oficiales, llevaba a José Antonio Primo de Rivera a preguntarse si dentro de poco no sería necesario viajar dentro de España con «intérprete». Tal era la percepción, por ejemplo, de un joven falangista zamorano, el abogado del Estado Carlos Pinilla, cuando estuvo destinado en Girona entre 1935 y 1936. Tenía la sensación de vivir en una ciudad extranjera, en la que sólo los funcionarios y policías hablaban habitualmente castellano, lo que creaba en él un sentimiento extraño: se sentía extranjero en su propia patria, lo que acentuaba su fobia al catalanismo²³.

Para algunos falangistas catalanes, como Roberto Bassas Figa, un culto abogado procedente del catalanismo republicano, la doctrina joseantoniana permitía conciliar el españolismo y una forma de catalanismo. El primero era espiritual, el segundo telúrico. Si una «nación o nacionalidad es un pueblo o conjunto de pueblos con un destino histórico propio», y la variedad de pueblos era inevitable en una nación producto de una historia de agregación de distintos reinos y pasados imperiales, sólo la recuperación de un destino imperial compartido permitiría canalizar los patriotismos locales, una emoción «pura, en sí», hacia un futuro nacional común²⁴. Año y medio después, en el mitin de clausura del II Consejo Nacional de Falange, Bassas insistía en que la unidad de destino debía ser capaz de amar «todas las cosas muertas y vivas que antaño constituyeron las nacionalidades españolas», y de discernir los «valores auténticos regionales y en qué medida serían un freno o un impulso para el Movimiento español a su Destino»²⁵.

En la práctica, y aunque repudiase bajar al terreno de la tierra y los muertos, lo cierto era que el *antiseparatismo* formaba parte de los lemas movilizados del falangismo escuadrista y juvenil, manifiesto en varias huelgas y boicots contra el catalanismo —como la campaña de los estudiantes falangistas contra el «separa-

²² PRIMO DE RIVERA, J. A.: «Patria: La gaita y la lira» [11.1.1934], «Los vascos y España» [28.2.1934], en *Obras...*, pp. 111-12 y 179-83.

²³ PINILLA TURINO, C.: *Como vuelo de un pájaro*, s. l. [Barcelona], El Autor, 1991, pp. 25-27.

²⁴ BASSAS, R.: «Nacionalismo-hispanismo», *JONS*, 10 (mayo 1934). Sobre este peculiar falangista, hombre de pensamiento más que de acción muerto en 1939, que mantenía una postura abierta hacia el uso del catalán dentro de la pequeña organización falangista de Barcelona, vid. THOMÀS, J. M.^a: *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, Barcelona, La Esfera dels Llibres, 2008, pp. 30-35.

²⁵ «Discurso de Roberto Bassas», *Arriba*, 21.11.1935.

tismo de la Universidad Catalana» en enero de 1936—. Y la desconfianza hacia los partidos nacionalistas mayoritarios en el País Vasco y Cataluña llevaba a acentuar un extremo del péndulo: el de la homogeneización y la oposición a cualquier forma de descentralización o regionalismo «sano», que, como señalaba el vasco José María de Areilza, sería entregar a partidos *separatistas* resortes de poder y mecanismos legitimadores que únicamente podían tener sentido, y aun así con prudencia, en provincias «sanas»²⁶. La unidad de España era condición mínima e indispensable para su reconstrucción «como gran Nación»; y ante cualquier amenaza de disgregación territorial, era preferible «cualquier catástrofe, porque siempre será de grado inferior a ella»²⁷. La evolución del catalanismo político desde la revolución de octubre de 1934 hizo crecer esa desconfianza entre los catalanistas. En Cataluña se estarían echando las raíces del odio a España y de una secesión futura, al entregar la educación y la administración a separatistas desleales²⁸.

Con todo, dentro de FE de las JONS también hubo algunas modulaciones discursivas locales, tanto en el caso de Cataluña como, de intensidad más débil, en el caso de Galicia, que no pasaban de conceder cierto espacio simbólico como *estilos* peculiares al folclore y, de modo más limitado, a las lenguas vernáculas²⁹. Julio Ruiz de Alda apelaba en 1935 a los falangistas navarros y vascos, recordándoles que España era un destino superior, pero también propugnaba que en la primera fase de conquista de la nación con vistas a reestructurar el Estado, utilizaran sin sombra de duda «los motivos sentimentales, locales; haced que los motivos nuestros, danzas, canciones, lenguaje, sean tan nuestros como de los nacionalistas. No les dejéis nunca el monopolio porque, por ser españoles, tenemos derecho a ellos». En la revolución nacionalsindicalista por llegar, no había interés en deshacer todo lo bueno que había realizado la Diputación Foral de Navarra...³⁰. E, igualmente, también existieron algunos casos de derivas o tránsitos biográficos, especialmente frecuentes entre militantes juveniles con identidades lábiles y fascinados por la estética nacionalista, que llevaban del nacionalismo subestatal a la Falange. Desde Víctor d'Ors, hijo de Eugeni d'Ors, o varios militantes de la primera Falange barcelonesa o de la ourensana³¹, hasta el escritor ferrolano Gonzalo

²⁶ AREILZA, J. M.^a de: «En torno a los separatismos regionales», *JONS*, 11 (agosto 1934).

²⁷ «Nuestra actitud. Cataluña en el camino de la insurrección», *JONS*, 11 (agosto 1934).

²⁸ Vid. por ejemplo «Cataluña», *Arriba*, 5.3.1936.

²⁹ Vid. para Cataluña THOMÁS, J. M.^a: *Falange, Guerra Civil, Franquismo. FET de las JONS de Barcelona durant els primers anys del règim franquista*, Barcelona, PAM, 1993, p. 41 e ÍD.: *Feixistes!*, pp. 89-90. Para Galicia, PÉREZ DE CABO, J.: *¡Arriba España!*, Madrid: s. ed., 1935, pp. 122-24.

³⁰ RUIZ DE ALDA, J., «Sana doctrina contra separatismos», reproducido en *Destino*, 44, 14.1.1938.

³¹ En una lista de afiliados de la *Mocedade Galeguista* de Ourense (1935-36), es sintomático que varios nombres figuraban tachados con la mención: «Afiliado á F.E.» (Archivo del autor). Vid. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «El fascismo en Galicia. El caso de Ourense (1931-1936)», *Historia y Fuente Oral*, 10 (1993), 143-174. Tales trasvases individuales no parecen producirse en el caso del nacionalismo vasco antes de la guerra civil: cf. FERNÁNDEZ REDONDO, I.: «Aproximación a Falange Española en el País

Torrente Ballester, que desde el Partido Galeguista se acercó a las JONS y a Falange Española desde 1934³², o el camino del también escritor mindoniense Álvaro Cunqueiro desde un galleguismo con ínfulas «totalitarias» hacia el pleno salto al nacionalismo de vocación totalitaria realmente existente, el español, al socaire de las circunstancias de julio de 1936.

UNIDAD IMPERIAL EN LA DIVERSIDAD Y EL ESPECTRO DEL SEPARATISMO

Desde julio de 1936 Falange tuvo que redefinir sus posturas ideológicas, en muchos casos más esbozadas que desarrolladas, en el marco de una guerra civil que le confirió un poder inimaginable meses antes. El análisis del nacionalismo de guerra en la zona insurgente durante el período 1936-39 y sus actitudes hacia la diversidad territorial descubre la existencia de un cierto nivel de tensión soterrada entre dos polos, que atraviesa la retórica de regeneración nacional autoritaria que caracterizaba a la propaganda insurgente³³, y que también se puede aplicar a los sectores más falangistas del naciente Estado franquista.

1. Por un lado, la tendencia a usar imágenes y símbolos regionales como discursos movilizadores, aunque podamos dudar de su eficacia última frente a otros discursos (religioso o «de clase», defensa del orden y la propiedad, coerción...). El folclore, los bailes y los vestidos regionales, incluyendo la recopilación del patrimonio local por etnógrafos y eruditos locales, entre otros elementos, se convirtieron en el objeto de escenificación e instrumentalización controladas, que constituyeron un ingrediente secundario, pero en ocasiones muy visible, de los festivales y conmemoraciones dedicadas a la exaltación del concepto de nación española abrigado por los rebeldes, que se pretendía sólidamente asentado en la tradición, al mismo tiempo que orientado hacia la construcción de un nuevo proyecto compartido³⁴. Esta codificación fijó los límites de la participación de las identidades regionales y locales en las celebraciones y rituales de la *nueva España*. Si España era diversa en sus paisajes, costumbres y usos lingüísticos, pasados históricos y caracteres colectivos, y como no era posible basar sobre fundamentos raciales la unidad española, sino que ésta se fundamentaba en un crisol de razas y pue-

Vasco (1910-1945)» (2012), disponible en: <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/31/24/10/fernandezredondo.pdf>.

³² CERCAS, J.: «Torrente Ballester falangista: 1937-1942», *Cuadernos Interdisciplinarios de Estudios Literarios*, 5:1 (1994), pp. 161-78.

³³ Cf. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 291-306, e ÍD.: «La España regional en armas y el nacionalismo de guerra franquista, 1936-1939», *Ayer*, 64 (2006), pp. 201-31.

³⁴ ORTIZ, C.: «The Use of Folklore by the Franco Regime», *The Journal of American Folklore*, 112:446 (1999), pp. 479-96. Vid. también CIRICI, A.: *La estética del franquismo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977.

blos³⁵, para los tradicionalistas y católicos antiliberales en general sólo la fe católica y la monarquía, como ya había augurado la conversión al catolicismo de los visigodos, aseguraba la continuidad histórica de la nación, sometida jerárquicamente a Dios³⁶.

Por el contrario, aun incorporando a la tradición nacional el componente religioso, para los falangistas sólo la voluntad de imperio, la existencia de un destino histórico o *misión* era capaz de cumplir un papel aglutinador. Los falangistas se dedicaron desde el inicio de la guerra civil a intentar desarrollar de forma insistente, en exégesis retóricas a menudo huecas, los principios que había dejado esbozados su malogrado líder. El Estado liberal había provocado el surgimiento de separatismos, al carecer de una misión trascendental con la que unir las tierras de la patria. Pero sólo en la nación, a cuyo servicio estaba el Estado, tenían cabida las «entidades naturales»; la patria estaba «al servicio del Imperio», y éste al de Dios. Así se resumía la «misión histórica» que amalgamaba a las regiones³⁷. Lo que no suponía uniformidad, sino una suerte de armonía multicolor, según expresaba de forma confusa Martín Almagro³⁸. Los *separatismos* no eran sino una negación de esa misión, además de una muestra de despreciable apego a la tierra y lo material. La Historia y el sacrificio de los caídos en la guerra civil, procedentes de regiones diversas empezando por «nuestras dos Prusias, Navarra y Castilla», tenían un valor superior a la sangre y la voluntad popular³⁹. El patriotismo de Falange era espiritual, sublime, y pretendía apelar a la inteligencia, frente a un denostado patriotismo de política caduca y vulgar, el «patriotismo de los sentidos [...] sensible, vulgar y facilote. Patriotismo de charanga y banderitas. Patriotismo de ‘Las Corsarias’»⁴⁰. Y renegaba del propio concepto de nacionalismo, sublimación egoísta de la nación y concepto de base materialista propia del liberalismo. Por el contrario, había que reinterpretar la tradición y al propio Menéndez Pelayo, «regionalista de todas las regiones», reafirmando en el presente «el sentido imperial de toda la historia de España»⁴¹.

³⁵ Vid. GOODE, J.: *Impurity of Blood: Defining Race in Spain, 1870-1930*, Baton Rouge, Louisiana State UP, 2009; un ejemplo en LOPE MATEO: «¿Quiénes y cómo somos los españoles?», *El Español*, 5.2.1944.

³⁶ Vid. por ejemplo «En la fiesta de la hispanidad. Dios y Patria», *La Voz de España*, 13.10.1936; ARA-XES: «Idea cristiana de la Patria», *La Voz de España*, 19.11.1936, o «La Base de la Unidad Española», *La Voz de España*, 8.5.1937.

³⁷ «La unidad de la Patria», *Unidad*, 25.10.1937.

³⁸ ALMAGRO, M.: «Dogmas del Imperio. El principio de la unidad de España», *Unidad*, 10.10.1936. Vid. también PÉREZ LABARTA, S.: «Unidad de destino», *Unidad*, 21.10.1936, y «Separatismos», *Unidad*, 5.11.1936.

³⁹ PUENTE, J. V.: «Romance del sirimiri», *Unidad*, 3.11.1937; BENEYTO, J.: «Somos unitarios», *Unidad*, 10.7.1937.

⁴⁰ «La Patria y la Falange», *Unidad*, 18.9.1936.

⁴¹ «Vasquismo», *Unidad*, 15.10.1936.

Esto se complementaba con la exaltación del 18 de julio como una movilización de los valores auténticamente españoles, que habían sido conservados en las áreas rurales por el campesinado, y protegidos de su abducción por el virus revolucionario y ateo esparcido desde las ciudades. Los repositorios de la tradición eran la auténtica España, la ubicada en la provincia y el campo, imbuidos de religiosidad. En consecuencia, la cultura regional pasó a ser considerada un sinónimo de la tradición, así como del «alma» eterna de la nación española, lo que también incluía su esencia católica. Se combinaba así un postulado de esencia noventayochista, en el fondo, que sin insistir en el componente de la tradición católica también había mantenido la Institución Libre de Enseñanza o Ramón Menéndez Pidal⁴². Un tesoro de costumbres, ritos, cantos, poemas y creencias ancestrales esperaba a ser recopilado y estudiado de modo conveniente, empezando por formas dialectales y modos de hablar. Como evocaba en 1943 el periódico falangista de Teruel *Lucha*, al tratar del lenguaje hablado por un campesino octogenario en cuyos labios se escuchaba aún el dialecto local en su prístina pureza, su verbo resumía «la sinceridad, los sentimientos y el lenguaje de un auténtico hijo de Teruel.. Religiosidad... Patriotismo.. Resignación... Honradez y sufrimiento»⁴³.

Al contrario de lo que había sido el objetivo de la etnografía republicana, y de lo que había sido buscado en los usos y creencias populares por las Misiones Pedagógicas o por la Institución Libre de Enseñanza⁴⁴, el espíritu popular y el fundamento intrahistórico de la nación ya no constituían el objetivo principal. El pueblo y lo popular fueron sustituidos de forma progresiva por la tradición y lo tradicional, buscando algún tipo de vínculo con la tierra y los muertos que dotase de una mayor corporeidad y base al concepto misional de nación, que para varios teóricos falangistas, como Francisco Javier Conde o Antonio Tovar, empezó a tornarse excesivamente etéreo y circular, con lo que la vuelta a Castilla y a las «otras» regiones que la acompañarían en el destino imperial se hacía inevitable⁴⁵. Los fundamentos teóricos de esta etnografía y antropología significaban un retorno a las corrientes más tradicionalistas de la antropología europea decimonónica⁴⁶. Sin embargo, en el interés falangista también se podía encontrar una idea difusa: el folclore no sólo debía ser recuperado, sino modernizado, pues debía

⁴² Vid. BARRACHINA, M.-A.: *Propagande et culture dans l'Espagne franquiste (1936-1945)*, Grenoble, ELLUG, 1998, pp. 215-16; «El cancionero y sus interpretaciones», *Consigna*, 44 (septiembre 1944).

⁴³ EL DUENDE DEL TOZAL: «Un visita a las ruinas del Seminario», *Lucha*, 24.8.1943.

⁴⁴ LIZARAZU DE MESA, M.^a A.: «En torno al folclore musical y su utilización. El caso de las misiones pedagógicas y la Sección Femenina», *Anuario Musical*, 51 (1996), pp. 233-45.

⁴⁵ Cf. MARAVALL, J. A.: «Metafísica de la unidad de España», *Arriba*, 29.11.1939; SAZ CAMPOS: *España contra España*, pp. 251-56.

⁴⁶ Vid. GARCÍA DE DIEGO, V.: «Tradición popular o folclore», *Revista de Tradiciones Populares*, I: 1-2 (1944), pp. 1-29.

trascender su carácter de reliquia local para transformarse en un arma de solidaridad y de imperio, mediante su depuración y codificación. Y, al mismo tiempo, mostrar la realidad de lo popular, no encerrándolo en representaciones arcaicas⁴⁷.

Algunas concepciones similares fueron asimiladas por el discurso falangista en los primeros cuarenta. Impregnaban los debates intelectuales de la élite cultivada de Falange, que se desarrollaron en sus principales revistas teóricas, e intentaron desarrollar el legado joseantoniano —a menudo más consistente en fórmulas, frases cargadas de poesía y orientaciones que en afirmaciones contundentes—, incidiendo en la armonía entre unidad y variedad territorial y cultural mediante una misión imperial, con la necesidad de atraer para el proyecto de la *nueva España* a las élites intelectuales «periféricas», en particular las catalanas. Las armas dialécticas utilizadas contra otros idiomas peninsulares —todavía preestandarizados, producción editorial y de alta cultura más limitada, etc.— tenían por fuerza que ser matizadas al referirse al caso catalán (no así al valenciano o balear), pese a que en un principio sí se intentó rebajar en manuales y declaraciones el catalán a dialecto. España, insistía el semanario dirigido por el antiguo jonsista Juan Aparicio *El Español* en noviembre de 1942, no era sólo geografía, e importaba más la comunión de valores, la conciencia de su pasado histórico y su destino universal⁴⁸.

2. Un polo alternativo estuvo determinado por una actitud defensiva. Según esta interpretación, la guerra había sido, ante todo, una reacción de Castilla frente a la sedición antisolidaria de algunas regiones periféricas desleales, sólo Castilla podía llevar sobre sus espaldas, como en el pasado, los destinos de España. Empero, esa reacción no sólo había sido castellana. Otros territorios habían estado a su lado desde julio de 1936, mandando sus mejores hijos al frente para defender la *auténtica* España. La jerarquía de lealtades que se debía establecer entre esas regiones era a menudo un motivo de disputa en la prensa insurgente: ¿Quién se había sacrificado antes y más: Navarra, Galicia, Aragón...? Entre octubre de 1936 y abril de 1937 se sucedieron unos meses de incertidumbre en lo relativo a la estructuración territorial del nuevo Estado español construido en la zona rebelde. Los tradicionalistas fueron a la guerra proclamando su lealtad a los fueros navarros. Los diversos propagandistas locales del bando rebelde insinuaban que aquellas regiones que habían dado más voluntarios al frente (Navarra, Aragón, Galicia, Castilla...) debían ser recompensadas, bien con algún tipo de privilegios administrativos o con ampliaciones de territorio a costa de las provincias *traidoras*. Y los «regionalismos» resultantes invocarían el peso de sus muertos en el frente. Falange, sin embargo, renunciaba a establecer, en teoría, jerarquías de fidelidad entre las regiones, o premiar a unas en detrimento de otras, abjurando

⁴⁷ HOYOS SÁNCHEZ, N. de: «Los temas folklóricos en la Exposición Nacional», *El Español*, 17.7.1943.

⁴⁸ Vid. «España no es sólo Geografía», *El Español*, 14.11.1942.

do de «nacionalismos centrífugos» y de «regionalismos centrípetos». No se podía conquistar la propia patria⁴⁹.

Hasta mediados de 1937 algunos carlistas todavía creían que la nueva España se basaría sobre las autarquías regionales y alguna forma de descentralización corporativa⁵⁰. Pero los primeros diseños de la estructura territorial del Estado franquista desde mediados de 1937 dejaron pocas dudas. Aunque algunas de las competencias que en materia de Educación, Obras Públicas y Beneficencia habían sido acumuladas de manera excepcional por las Diputaciones de Navarra y Alava fueron respetadas⁵¹, toda posibilidad de restauración de los fueros o *autarquías* regionales como forma de recrear una España tradicional regionalizada murió cuando Franco abolió los fueros de Vizcaya y Guipúzcoa. Por el contrario, los falangistas recordaban, cuando las tropas franquistas tomaron Gernika, que la bandera española ondeaba otra vez sobre el viejo árbol, símbolo de la unión entre Vizcaya y España, y que el espíritu originario de los fueros, la defensa del pueblo frente a los oligarcas, sería ahora encarnado por el *nuevo Estado*⁵². La prensa de trincheras dirigida a los combatientes, y que estaba bajo influjo falangista, reproducía a menudo poemas enviados por soldados que alababan las bellezas de su región o su pueblo, y cantaban sobre todo a Navarra, Castilla, Galicia, Oviedo o Aragón, supuestos pilares de la España insurgente. También publicaba portadas dedicadas a las virtudes estereotipadas de cada una de esas regiones⁵³. Aunque a veces se insinuaba en esas colaboraciones la petición de un trato de favor o privilegiado hacia las regiones *leales*, en otras se recordaba que los problemas peculiares de cada una sólo podían resolverse en la armonía del conjunto⁵⁴.

Eso se complementaba con el carácter beligerante que desde un principio habían adoptado algunos órganos falangistas contra el *separatismo*, frente a la ocasional pretensión carlista de atraer a los nacionalistas vascos católicos a su bando. A fines de octubre de 1936, *Arriba España* de Pamplona afirmaba que «¡España una! Es nuestra primera consigna. Y en la España una, no caben ni nacionalismos centrífugos, ni regionalismos centrípetos», por lo que debía mantener

⁴⁹ «España, Una», *Unidad*, 17.10.1936.

⁵⁰ Vid. por ejemplo RÍO, E. del: «Fueros a España», *La Voz de España*, 22.9.1936, o «Manifiesto que dirige a Vizcaya la Junta Carlista del Señorío», *La Voz de España*, 15.4.1937.

⁵¹ Vid. FRESÁN CUENCA, F. J.: «Carlistas y falangistas ante el 'hecho diferencial navarro' durante la guerra civil. Una primera aproximación», *Iura Vasconiae*, 5 (2008), pp. 383-403. Para Álava, vid. algunos apuntes en CANTABANA MORRAS, I.: «Lo viejo y lo nuevo: Diputación-FET de las JONS. La convulsa dinámica política de la 'leal' Álava (Primera parte: 1936-1938)», *Sancho el Sabio*, 21 (2004), pp. 149-80.

⁵² «Ante el árbol de Guernica», *Unidad*, 3.5.1937.

⁵³ Vid. por ejemplo SIMÓN VALDIVIESO, J.: «Navarra», *La Ametralladora*, 62, 3.4.1938; SUÁREZ, E.: «Patria Chica», *La Ametralladora*, 55, 13.2.1938; «Aragón», *La Ametralladora*, 59, 13.3.1938;

⁵⁴ Por ejemplo, UN MARISCO GALLEGO: «El caso de Galicia», *La Ametralladora*, 2, 25.1.1937.

toda forma de localismo o regionalismo fuera de la esfera política⁵⁵. El neofalangista Pedro Laín Entralgo recordaba igualmente en agosto de 1937 que en tiempos de forja de una nueva España, frente al «descarrío diversificador no sólo marxista, pero también estatutario», había que marcar prioridades frente a la nostalgia foral: «¡España Una!, porque sólo así será ¡Grande y Libre!»; pues sólo la Falange y el Caudillo habían de decir en aquellas horas cómo sería la «unidad nueva de España», más allá de modelos caducos de organización del Estado como «la regalía borbónica, ni el centralismo liberal, ni [...] un estatismo panteístico», y sin atender a derechos históricos o geográficos, lo que también incluía a los «regionalismos de molde antiguo»⁵⁶. Frente al nacionalismo y la nación, conceptos obsoletos con raíces en la doctrina de la soberanía nacional o en el romanticismo, que apelaban a pasiones primarias y afectos del terruño que darían alas a los separatismos de cualquier índole, cabía invocar al imperio. España sólo sería algo si recuperaba su vocación imperial; como nación sería una entidad condenada a la zozobra y a la irrelevancia. Así reaccionaban *Arriba España* o el donostiarra *Unidad* frente a las propuestas intelectuales del filósofo católico Manuel García Morente y su «nacionalismo español», que les sonaba a vieja política⁵⁷.

La retórica de la guerra de *reconquista* de la periferia rebelde, alentada además por el nacionalismo cuartelero del ejército, se vio muy reforzada tras la conquista de Cataluña entre enero y febrero de 1939⁵⁸. Los tonos defensivos y el lenguaje de conquista al tratar con periferias derrotadas, pero rebeldes, fueron objeto, sin embargo, de una cierta evolución. Una cosa eran, en el terreno de las prácticas administrativas y políticas, las prohibiciones del uso del catalán, las sanciones administrativas y multas contra su uso, y los frecuentes desplantes de autoridades militares y civiles; y otra, más etérea, la constante apelación retórica por parte de la intelectualidad falangista a incorporar plenamente a Cataluña dentro de la comunidad de destino. El momento de apoteosis de esta retórica, que coincidió con el desplazamiento de los falangistas más radicales de los puestos de mando del partido único y la progresiva domesticación del falangismo dentro del discurso nacionalcatólico y la fidelidad al *Caudillo*, tuvo lugar con motivo de la visita del general Franco al Principado, en conmemoración del tercer aniversario de su conquista, entre el 25 y el 30 de enero de 1942. El viaje estuvo jalonado de manifestaciones populares de entusiasmo que despertaron encendidas loas a Cataluña, su historia milenaria, su vocación imperial y su carácter de Marca Hispánica, y por tanto de auténtica precursora de la unidad española, en

⁵⁵ «España una!», *Arriba España*, 30.10.1936, p. 15.

⁵⁶ LAÍN ENTRALGO, P.: «Unidad y fuero», *Arriba España*, 7.8.1937, p. 1; ÍD.: «Nueva unidad de España. Aviso a los impacientes», *Arriba España*, 15.8.1937, p. 1.

⁵⁷ «Palabras peligrosas. Otra vez 'nacionalismo'», *Unidad*, 23.6.1938, y *Destino*, 7.7.1938.

⁵⁸ Una buena recopilación documental en BENET, J.: *L'intent franquista de genocidi cultural contra Catalunya*, Barcelona, PAM, 1995, pp. 263-328.

la prensa falangista de Madrid⁵⁹. Los discursos de Franco en Montserrat, Terrassa, Sabadell, Girona, Reus y Tarragona no mencionaban en absoluto las peculiaridades culturales e idiomáticas de Cataluña, y sólo de manera reticente incluyeron algunas referencias a la contribución catalana a la formación de la unidad española durante la Edad Media. Únicamente los empresarios catalanes fueron destacados entre sus pares españoles por su «carácter industrioso», al igual que los numerosos voluntarios catalanes de la Legión en Marruecos. No obstante, la prensa falangista se hizo eco del «significado especial» del hecho de que Cataluña hubiese dado la bienvenida al *Caudillo*, lo que expresaría que la Barcelona separatista, impía y roja había fenecido⁶⁰. Al tiempo, recordaban de soslayo que el centralismo liberal, extranjerizante y afrancesado había constituido uno de los factores disgregadores y adulteradores del destino nacional de España, lo que había provocado como reacción el separatismo en algunas minorías. Pero el pueblo catalán, con su recepción al *Caudillo*, habría demostrado que Cataluña, de la mano de la restauración católica, había vuelto al buen camino, y al mismo tiempo que «España no es sólo Madrid», que las regiones reivindicaban su papel protagonista en la Historia y el presente español, como complemento de la unidad nacional⁶¹.

No obstante, a principios de los años cuarenta los distintos sectores de Falange seguían inmersos en su propio y peculiar péndulo patriótico. Pues para otros órganos falangistas esa variedad en lo imperial también debía acomodarse a un mismo molde, en una permanente contradicción. Así, el vallisoletano *Libertad* (29.1.1942) afirmaba que, desde la visita de Franco a Cataluña, sólo existiría una manera de ser español.

LAS LENGUAS Y CULTURAS DEL IMPERIO

La *nueva España* que se empezó a construir en la zona sublevada durante la guerra civil también aspiraba a una uniformización lingüística de la nación que se pretendía reconstruir, mediante la imposición autoritaria del castellano. Sin embargo, durante el conflicto bélico afloraron sensibilidades diferenciadas entre los diversos actores que pretendían configurar, en competencia implícita y a veces explícita, el discurso público del nuevo Estado franquista⁶². Algunos publicis-

⁵⁹ Para los ecos periodísticos y las opiniones de la intelectualidad falangista, vid. SAZ CAMPOS: *España contra España*, pp. 326-35; varios de ellos en *El Caudillo en Cataluña*, Madrid: Eds. de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942.

⁶⁰ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: «¡Estos son nuestros poderes!», *Arriba*, 1.2.1942.

⁶¹ Vid. «España no es sólo Madrid», *Arriba*, 27.1.1942; «Lección de Historia», *Arriba España*, 31.1.1942 (citado por SAZ CAMPOS: *España contra España*, p. 334).

⁶² Vid. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!*, pp. 306-15.

tas, sobre todo los de tendencia carlista, abogaron al principio por un cierto reconocimiento de los idiomas regionales y su pervivencia como lengua auxiliar en la educación primaria, argumentando que aquéllas siempre habían ido unidas a la tradición católica. Siempre que fuesen las lenguas *auténticas*, las que siempre se habían hablado antes de que los *separatistas* pervirtiesen su gramática y léxico. Había, como recogía un periódico donostiarra en abril de 1937, dos vascuences: «uno, el de siempre, el que habla el pueblo español; y otro, hecho en los laboratorios; el incomprendible; el separatista»⁶³.

Sin embargo, esos atisbos de tolerancia tenían un contrapeso en la beligerancia contra el espectro del separatismo, principal enemigo de la *nueva España*, según destacaba el Gobernador civil de Guipúzcoa, el antiguo monárquico José M.^a Arellano, en enero de 1937 y en abril de 1937: la semilla de Arana Goiri debía ser extirpada, y en cierto modo Guipúzcoa y Vizcaya tendrían que hacer penitencia por su pecado⁶⁴. En la prensa de trinchera se hacía burla del catalán hablado por los catalanistas, o se parodiaban las *invenciones* lingüísticas ideando un idioma «konkense» para las milicias de una supuesta República de Cuenca...⁶⁵. La crítica del uso de lenguas *regionales* extramuros de la casa familiar se generalizó en la retaguardia franquista desde marzo de 1937, cuando la prensa y los radios falangistas de San Sebastián, Sevilla o Burgos se hicieron eco de artículos y consignas que insistían en la necesidad de hablar exclusivamente en castellano en el espacio público y semipúblico, lo que podía incluir las conversaciones privadas en los cafés u otros locales. El detonante fue la presencia de numerosos refugiados catalanes, cuyo idioma se hizo sentir en las calles donostiarras⁶⁶.

El tono imperativo de las consignas tendió a aumentar en los meses siguientes. En abril de 1937 el gobernador militar de San Sebastián exhortaba a todos los vecinos a expresar su patriotismo mediante el uso exclusivo del idioma castellano. Pese a señalar que ello no significaba «menosprecio de los idiomas regionales», sugería medidas de castigo para quienes incumpliesen la admonición. Las posiciones abiertas a una limitada pluralidad en lo cultural fueron barridas por el afán revanchista y el anhelo por asegurar la unidad de España sobre sólidas bases: la sangre de los caídos era un tributo a una nueva unidad que bien podía merecer el precio de los *dialectos*. El falangista catalán Víctor d'Ors afirmaba además, rebatiendo a quienes admitían que las lenguas *regionales* mantuviesen su uso privado, que la unidad de España debía ser un requisito previo para que

⁶³ «El vascuence español y el vascuence separatista», *La Voz de España*, 13.4.1937.

⁶⁴ Cf. «Hay que españolizar Vasconia», *La Voz de España*, 7.10.1936, y el discurso de Arellano en *La Voz de España*, 23.1.1937; así como *Unidad*, 27.4.1937. En semejantes términos, ahora referidos a Cataluña, vid. «España Una», *Destino*, 57, 3.4.1938.

⁶⁵ «Biba Kuenka Livre», *La Ametralladora*, 59, 13.3.1938; «El día del Presidente – de Catalunya doliente», *La Ametralladora*, 33, 12.9.1937; «Chispas. El desgraciado Chomin», *La Ametralladora*, 24, 11.7.1937.

⁶⁶ ESCAÑO RAMÍREZ, A.: «España, de habla española», *Unidad*, 18.3.1937.

se pudiese proceder a su regeneración autoritaria por el nuevo Estado, por lo que todo reconocimiento de la diferencia regional era contraproducente⁶⁷. Y el canónigo y falangista catalán José Montagut Roca escribía que las lenguas no pecaban contra España, pero sí el uso perverso que se había hecho de ellas. Razón por la que la pluralidad lingüística era un peligro latente para la unidad de la patria⁶⁸.

De hecho, detrás de varias disposiciones militares contra las lenguas no castellanas latía el anhelo de erradicar el carácter simbólico *separatista* de algunos usos idiomáticos. Los idiomas *regionales* podían ser utilizados con fines propagandísticos instrumentales, en algunas octavillas y emisiones de radio dirigidas a la retaguardia republicana de Vizcaya o Cataluña. Igualmente, dentro de Falange subsistieron algunos atisbos de tolerancia, sobre todo en relación con Cataluña. Cuando las tropas franquistas avanzaron por Cataluña en enero de 1939, el Servicio Nacional de Propaganda dirigido por Dionisio Ridruejo, a sugerencia de los dirigentes de la Jefatura Territorial de Cataluña, tenía preparada diversa propaganda bilingüe, y tanto en Tarragona como en Reus se usó en parte el catalán en los primeros actos propagandísticos de los ocupantes, así como en algunos bandos municipales. Pero la propaganda no llegó a repartirse en Barcelona por la oposición de la autoridad militar y del Ministerio del Interior⁶⁹. Por el contrario, se impusieron las disposiciones restrictivas, y las representaciones de la conquista de Cataluña como una reincorporación *manu militari* a la disciplina cuartelera de la unidad.

El marco legal de la reimposición del monolingüismo se caracterizó por una multiplicidad de disposiciones sectoriales, pero nunca existió una ley general de prohibición del uso de los idiomas *regionales*. La represión lingüística consistía preferentemente en un tejido de sospechas, presiones y temores, amparados en un clima de represión general. Y estaba alentada por la convicción, según resumía otra vez en 1939 el ferozmente anticatalanista José Montagut, de que una política castellanizadora consecuente, promovida por el Estado a través del sistema educativo, con la colaboración de la Iglesia y la interdicción del uso público y culto de las lenguas regionales, lograría a medio plazo «el imposible aparente de que una nación, castigada por la coexistencia de varias lenguas, sin perseguirlas ni ultrajarlas, llegue a comunicarse, gozosa y radiante, consciente de que la lengua es el Imperio [...] a través del idioma que se habla en veinte naciones por nosotros descubiertas»⁷⁰. El credo oficial del primer franquismo

⁶⁷ D'ORS, V.: «Proyección mundial del Nacional Sindicalismo. La reconstrucción de España (1)», *Unidad*, 13.5.1937.

⁶⁸ MONTAGUT ROCA, J.: «La pluralidad de lenguas en una nación es un mal evidente, pero remediable», *El Diario Vasco*, 6.8.1938.

⁶⁹ Vid. RIDRUEJO, D.: *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 164 y 168-70.

⁷⁰ MONTAGUT ROCA, J.: «El Estado Nacional frente al problema de la pluralidad de lenguas», *Solidaridad Nacional*, 6.9.1939.

insistió en que todo idioma diferente del castellano no era sino un simple dialecto, inapropiado para las funciones de la vida moderna.

Las lenguas *vernáculos* no siempre eran rebajadas explícitamente a la condición de dialectos. Pero la exclusividad del castellano en la esfera pública las condenaba de hecho a su desaparición gradual. A pesar de todo, los idiomas *regionales* no desaparecieron totalmente de la letra impresa. Incluso durante los años de la guerra civil se permitió, sobre todo allí donde el sentimiento de identidad nacional alternativo se hallaba poco arraigado, la publicación de algunas obras religiosas, de tono costumbrista o satírico-campesino en idiomas vernáculos, que hacían propaganda de los fines del *movimiento* del 18 de julio. Al mismo tiempo, pervivía en varios círculos un interés erudito, folclorístico y etnográfico por las lenguas y dialectos. Los idiomas y *dialectos* regionales podían sobrevivir en géneros literarios menores, folclore y etnografía, sin normas estandarizadas que se alejasen de la idea de «lengua popular». Así se puso en evidencia, por ejemplo, en la promoción del valenciano con ocasión de las fallas y los *Jocs Florals*, autorizados desde julio de 1939⁷¹.

A partir de 1945 la presión sobre los idiomas *regionales* empezó a relajarse. Se toleraron algunas representaciones en lengua vernácula de teatro infantil y religioso, además de reediciones más o menos seleccionadas; y el Institut d'Estudis Catalans pudo organizar algunos cursos de lengua y literatura catalanas, siempre con poca publicidad. Raimundo Fernández Cuesta, a la sazón ministro de Justicia, afirmaba en octubre de 1946 que el castellano se había impuesto de forma natural como lengua de proyección universal sobre los demás idiomas peninsulares; pero que no había entorpecido «el cultivo y medro de otros idiomas y dialectos regionales», sino que «como ríos confluentes al mismo caudal, servían, a su vez, de vehículo a la universalización del castellano»⁷². Sin embargo, la política lingüística del franquismo siguió consistiendo en restituir al castellano al lugar en el que consideraba que era natural que estuviese: el de única lengua culta y oficial. Los métodos fueron autoritarios y cuarteleros, pero sus argumentos fueron los ya acuñados en décadas anteriores (superioridad intrínseca, mayor utilidad, dimensión universal, prestigio literario, y asociación con el alma de Castilla y el espíritu nacional español). A lo largo de la década de 1950 y 1960 la posición beligerante contra los idiomas vernáculos se fue matizando, y tanto el catalán como el gallego y el vascuence pasaron a ser considerados lenguas que formaban parte de un patrimonio cultural español; y la tolerancia hacia su uso literario y —limitadamente— público (festivo y conmemorativo) amplió sus márgenes. Con todo, no recobraron estatus legal alguno, y se-

⁷¹ Vid. CORTÉS CARRERES, S.: *València sota el règim franquista (1939-1951): instrumentalització, repressió i resistència cultural*, Barcelona, PAM, 1995.

⁷² *Abc*, 18.10.1946.

guían excluidos de la enseñanza y la administración. Y el régimen vigilaba qué se publicaba en ellos.

¿UN REGIONALISMO BANAL? LOS COROS Y DANZAS DE LA SECCIÓN FEMENINA

Los certámenes de Coros y Danzas que fueron organizados de modo regular por las secciones femenina y juvenil del partido único FET, desde el primer concurso nacional celebrado entre febrero y junio de 1942 —y que, en número de veinte, se sucederían de manera periódica hasta 1976, movilizandando en cada edición a varios miles de participantes—⁷³, se convirtieron en un escenario privilegiado para el cultivo y escenificación de la tradición y la variedad en sentido totalitario, ya desde los primeros pasos de la articulación del partido único (FET de las JONS) y del *nuevo Estado* franquista⁷⁴, y en uno de los ámbitos donde también se manifestaron los dilemas prácticos del concepto falangista de unidad imperial en la variedad.

El regionalismo de los Coros y Danzas consistía de entrada en conservar tradiciones, lo realmente cantado y hablado por el pueblo. Era un propósito de anticuario: recopilar las «canciones antiguas que se conservan por tradición», sin adscribir más significados explícitos (que no implícitos) a una tradición supuestamente «congelada» que debía ser resucitada como presumiblemente había sido en el pasado reciente⁷⁵. Seguía en eso una cierta impronta institucionista, patente en el hecho de que Ramón Menéndez Pidal actuó de primer asesor de la Sección Femenina (SF) en su labor de recuperación de cantares y coplas, del mismo modo que años antes se había comprometido en la búsqueda del *Romancero*; y prologó una de las primeras recopilaciones de cantos y danzas de España, alabando explícitamente la labor de la SF no sólo al recopilar, sino también al «encauzar y dirigir» el folclore español⁷⁶. También se trataba de reinventar esas identidades locales y re-

⁷³ En el II Concurso de 1943 se presentaron 203 grupos corales con 5.075 miembros, y 114 grupos de danza con 1.368 integrantes; en el XIV Concurso de 1959-60 compitieron 920 coros con 18.556 miembros, y 1.572 grupos de danza y 23.378 participantes, aunque el número de concursantes en los niveles locales era aún mayor. Existían, con todo, claros desequilibrios territoriales. En el XV Certamen (1962), participaron 153 grupos de la provincia de Barcelona, por 53 de Madrid y 22 de Albacete (cf. CASERO, E.: *La España que bailó con Franco. Coros y Danzas de la Sección Femenina*, Madrid, Ed. Nuevas Estructuras, 2000, pp. 54 y 88).

⁷⁴ Cf. MARTÍNEZ DEL FRESNO, B.: «Mujeres, tierra y nación. Las danzas de la Sección Femenina en el mapa político de la España franquista (1939-1952)», en RAMOS LÓPEZ, P. (ed.), *Discursos y prácticas musicales nacionalistas (1900-1970)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2012, pp. 229-54.

⁷⁵ «A últimos de septiembre se reanuda el Concurso Nacional de Folklore», *Lucha*, 28.8.1943.

⁷⁶ Cf. *Canciones y danzas de España*, Madrid, Sección Femenina de FET y de las JONS, 1953, p. 1. Pilar Primo de Rivera reconoció que «recibimos el consejo inapreciable de Don Ramón Menéndez Pidal, quien nos dijo que buscáramos la autenticidad por encima de todo»: PRIMO DE RIVERA, P.: *Recuerdos de una vida*, Madrid, Dysra, 1983, p. 239.

gionales, y convertirlas en una expresión de un patrimonio común que debía ser intercambiado y sentido como propio por todos los españoles, posibilitándoles un conocimiento mutuo que habría sido negado por los regímenes políticos anteriores. Como señalaban tres musicólogos contemporáneos, si al reformular de modo inventivo danzas o composiciones se alejaban del original, «nada importa, porque la tradición verdadera, la viva, es la que modifica y depura, siempre dentro de un cauce de unidad de estilo y fidelidad a la raíz lejana»⁷⁷. Este proceso no estaba guiado por imperativos estrictamente ideológicos, sino también por la interacción de modalidades de representación cultural y política. Y un común denominador fue la noción de espectáculo, fundamental para el modo en que el franquismo, al igual que otros regímenes fascistas o autoritarios contemporáneos, moldeó su imagen pública, como parte de la sensación de «nuevo comienzo»⁷⁸. Así se apreciaba ya en el magno homenaje dispensado por la Sección Femenina al ejército y a Franco en Medina del Campo, en mayo de 1939⁷⁹.

En 1940 María Josefa Hernández Sampelayo, entonces Regidora Provincial de Cultura de Madrid, puso en marcha el proyecto de restaurar el folclore regional español. De esa labor se encargaron las secciones locales de la SF, ayudadas desde 1946 por las llamadas Cátedras Ambulantes. El baile se consideraba un ejercicio físico conveniente para la mujer —hasta 1957 sería una actividad exclusivamente femenina—, que presentaba otras virtudes a la hora de implantar una nueva semiótica nacionalista: la mujer transmitía la tradición. Y el traje regional, repensado de manera *casta*, servía también para recrear una moralidad católica supuestamente arraigada en la tradición, retomando así un postulado que había sido igualmente caro a la dictadura de Primo de Rivera⁸⁰. Esa tradición recreaba y ponía en escena la variedad, que «matizaba la unidad entrañable de las tierras españolas», confiriendo carácter orgánico a esa comunidad invocada y alejándola

⁷⁷ DIEGO, G., RODRIGO, J. y SOPEÑA, F.: *Diez años de música en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1949, p. 84.

⁷⁸ GRIFFIN, R.: *Modernismo y fascismo: La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010 [Basingstoke 2007].

⁷⁹ El homenaje particular de la Sección Femenina se escenificó como una entrega simbólica de las frutas de cada tierra y las labores típicas del artesanado, realizada por afiliadas vestidas con idénticos uniformes de la Hermandad de la Ciudad y el Campo pero con un pañuelo diferente para cada región cubriendo su cabeza. Mujeres de toda España se acercaban a la tribuna del *Generalísimo* y donaban las ofrendas naturales y trabajos artesanales típicos de su región, así como estandartes de su provincia. Durante la procesión sonaban como fondo canciones populares entonadas por las afiliadas, cuyas letras aludían a temas de religiosidad popular, trabajos rurales, alimentos, paisajes, etc. A mediodía se ofreció a Franco una comida al aire libre y la tarde se dedicó a ejercicios físicos, bailes rítmicos, juegos, canciones y bailes regionales, con intervenciones sucesivas de numerosas mujeres vestidas con trajes típicos, y acompañamientos musicales característicos: gaita, txistu, rondalla, castañuelas: muiñeira, danza vasca de arcos, la jota aragonesa, la sardana catalana, el vito y las sevillanas de Andalucía, así como el romance balear del Mayorazgo o la isa canaria (cf. Y, 17, junio 1939).

⁸⁰ Cf. por ejemplo PALENCIA, I. de: *Traje regional en España. Su importancia como expresión primitiva de los ideales estéticos del país*, Madrid, Voluntad, 1926.

de la masa informe⁸¹. Para conmemorar el primer aniversario de la Victoria, se dispuso que «las muchachas de Sección Femenina cantasen y bailasen en las plazas de sus pueblos, como sus abuelos, usando además en sus canciones la lengua originaria de las mismas: catalán, gallego, bable, vascuence, sayagués o de las altas tierras de Aragón»⁸². Pilar Primo de Rivera hacía gala de esa diversidad: «Los catalanes cantaban en catalán; los vascos en vasco; los gallegos en gallego, en un reconocimiento de los valores específicos, pero todo ello sólo en función de España y su irrevocable unidad, dentro de la unidad peninsular»⁸³.

Las canciones populares y las danzas fueron cultivadas también de modo particular por las organizaciones juveniles del partido único, que veía en ellas un complemento formativo apropiado para fomentar virtudes castrenses como la disciplina y el orden, con sentido tradicional: una «unidad entre las tierras y entre los hombres, conseguida en la bella confusión de las músicas de las regiones»⁸⁴. Además, las canciones y bailes populares eran vistos como una continuación del legado grecorromano, que se vinculaba con la teoría de la nacionalidad española como mejor expresión de la herencia clásica, con el tamiz agustiniano y católico. Una mezcla de temperamento guerrero y elegancia racional, elementos que ahora resucitaban en la nueva España y que debían formar parte de un nuevo estilo nacional⁸⁵. Fomentar el baile y la canción tradicionales también era un antídoto contra la «invasión» de ritmos foráneos, desde el *fox-trot* al baile *agarrao*, identificados con la etapa republicana, al igual que las populacheras coplas y cuplés. Había que renacionalizar el ocio juvenil y femenino⁸⁶.

La prensa falangista expresó su apoyo entusiasta a los Concursos Nacionales de la Falange celebrados en mayo de 1942, en los que se escenificó la pluralidad de ritmos y bailes para celebrar una «variedad eternamente Unida, Grande y Libre», sancionada por Dios y por el orden social jerárquico que esas canciones y bailes reflejarían⁸⁷. Y con ocasión del I Concurso Nacional de Bailes Populares

⁸¹ «El pueblo en la concepción unitaria de la Falange», *El Español*, 22.1.1944; «Pueblo y no masa», *El Español*, 29.1.1944.

⁸² Citado por SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Madrid, Nueva Andadura, 1993 [2ª ed.], p. 125.

⁸³ PRIMO DE RIVERA: *Recuerdos...*, p. 249.

⁸⁴ *Consigna*, 1 (1940).

⁸⁵ CARMONA VICTORIO, J.: «El tesoro folklórico de España», ABC, 3.12.1944. Igualmente, HOYOS SÁNCHEZ, N. de: «España a través de sus bailes», *El Español*, 8.4.1944, y CASARES, J.: «Divagaciones de un aficionado. Cantos populares», *El Español*, 10.3.1945.

⁸⁶ «Así canta la juventud. El Día de la Victoria celebrará el Frente de Juventudes el Día de la Canción», *Mediterráneo*, 31.3.1942; MORENO TORROBA, F.: «Las canciones y las danzas regionales», *Mediterráneo*, 29.3.1942; ABC, 19.6.1942 y 9.3.1943. Postulados semejantes se expresaron con ocasión del *Día de la Canción* celebrado por el Frente de Juventudes el 1 de abril de 1943: vid. ABC, 2.4.1943.

⁸⁷ ASENSI, E. F. de: «Coral de canciones. La riqueza folklórica de España, en el Concurso Nacional de Falange», *Mediterráneo*, 31.5.1942.

organizado por el Frente de Juventudes, celebrado entre abril y mayo de 1943 en Bilbao y Salamanca, también celebraba lo que emergía como gran manifestación de disciplina colectiva, que combinaba el culto a la tradición y al nuevo concepto de nación. La música popular forjaba una «unión espiritual», que caracterizaría a una generación marcada por «una unidad de pensamiento y unidad de acción [...] la canción medida hace medir los impulsos y disciplinar la voluntad, que cada voz, cada individualidad no es más que un elemento de la armonía total». Si José Antonio había afirmado que España era «varia y plural», los falangistas habían heredado de él y de los precursores el deber de conocer mejor las tierras que ahora estaban definitivamente unidas, «porque precisamente por ser varia ha tenido España desde sus comienzos vocación de imperio». El folclore disipaba diferencias sociales y políticas, como mostraba de forma metafórica la película propagandística *Ronda Española* (1951), de Ladislao Vajda.

Precisamente porque la singularidad del legado cultural español estaba marcada por la diversidad, la experiencia de la variedad era un instrumento para enseñar a los falangistas que el amor por la patria española era algo situado por encima de los sentimientos de pertenencia primaria a una tierra, un idioma y una experiencia cotidiana. Sólo la percepción de la diversidad más allá de su mundo local podía hacer a los nuevos españoles conscientes de la importancia de la patria como misión, que iba más allá de la tierra, los muertos y el individuo: una ruta que «les hace marchar unidos en una canción»⁸⁸. Si España era una e imperial, «no desgarrada por un separatismo infame y parricida», debía ser capaz de reconciliar en su regazo lo mejor de sus componentes, condensados en una serie de imágenes y estereotipos que comprendían virtudes *raciales* e implícitamente de género: «hidalgas y recias, como Castilla; tenaz, como Aragón; intrépida, como Navarra; risueña, como Andalucía; hermosa y bella, como los vergeles y paisajes de Galicia». Pilar Primo de Rivera aludía así en enero de 1939, ante el III Consejo Nacional de la Sección Femenina, a la unidad de España como un gran coro de voces variadas, en el que unos aprendían de otros:

Cuando los catalanes sepan cantar las canciones de Castilla, cuando en Castilla se conozcan también las sardanas y sepan que se toca el chistu, cuando del cante andaluz se entienda toda la profundidad y toda la filosofía que tiene, en vez de conocerlos a través de los tablados zarzueleros; cuando las canciones de Galicia se conozcan en Levante, cuando se unan cincuenta o sesenta mil voces para cantar una misma canción, entonces sí que habremos conseguido la unidad entre los hombres y entre las tierras de España. Y lo que pasa con la música, pasa también con el campo, con la tierra [...]. España estaría incompleta si se compusiera sola-

⁸⁸ «Competición nacional de Bailes Populares del Frente de Juventudes», *Lucha*, 28.4.1943.

mente del Norte o del Mediodía. Por eso son incompletos también los españoles que sólo se apegan a un pedazo de tierra⁸⁹.

Aunque todo lo español debía ser apreciado estéticamente por el mero hecho de serlo⁹⁰, la recuperación del folclore debía huir además del casticismo (asociado a gusto populachero, urbano e implícitamente izquierdista, y además denostado como marcador étnico o como supuesto carácter nacional por los intelectuales falangistas)⁹¹ y del localismo (por su posible derivación hacia un nacionalismo particularista)⁹². La patria, recordaba otra vez Pilar Primo de Rivera parafraseando a su difunto hermano, no era «el arroyo y el césped, la canción y la gaita», sino «un destino, una empresa»⁹³.

Los coros estaban organizados por provincias y localidades, incluyendo agrupaciones existentes con anterioridad que en tiempos habían sido fundadas por sindicalistas, etnonacionalistas o republicanos —como los coros de Clavé o el grupo gallego *Cantigas e Agarimos*. La tradición era ahora territorializada exclusivamente en términos provinciales, aunque se admitían las subdivisiones en comarcas. La Sección Femenina se apropió de los repertorios folclóricos y los trasladó del ámbito rural al urbano, y sobre todo a los desfiles y conmemoraciones. La danza tradicional fue teatralizada, feminizada y, sobre todo, rejuvenecida. Así se revivía el espíritu de la nación. No sólo era un interés etnográfico, sino que trataba de depurar selectivamente ese repertorio tradicional, fijando versiones estandarizadas e implantando una práctica colectiva de su ejercicio, para encuadrar a la juventud⁹⁴. Empero, la práctica de la recopilación del folclore no siempre estaba guiada por la retórica misional. La SF osciló a menudo entre el deseo de difundir el folclore español en su variedad en todas las regiones, previa depuración y selección, y el objetivo de refolclorizar las fiestas y conmemoraciones mediante la popularización de las piezas y canciones más o menos olvidadas⁹⁵. Con el paso de los años combinó ambas tareas: las instructoras locales y provinciales buscaban el poso de la tradición; pero la Regiduría Central de Cultura de

⁸⁹ PRIMO DE RIVERA, P.: *Discursos circulares escritos*, Madrid, Sección Femenina de FET y de las JONS. s. f. [1950], pp. 22-31.

⁹⁰ F. C.: «La ‘españolada’ y el tópico», *Unidad*, 27.1.1939.

⁹¹ Vid. SAZ CAMPOS: *España contra España...*, pp. 246-48; GARCÍA LUENGO, E.: «Hipertrofia del saineo y envilecimiento de lo castizo», *El Español*, 10.3.1943.

⁹² De hecho, en el I Concurso de Coros y Danzas de 1942 los repertorios musicales de los grupos de las distintas provincias combinaban piezas tradicionales o autóctonas con otras importadas (desde fandanguillos en Ávila hasta muiñeiras en Barcelona). Informe del Departamento de Música de la SF, citado por CASERO: *La España*, p. 101.

⁹³ PRIMO DE RIVERA, P.: *Discursos...*, p. 71.

⁹⁴ Cf. SAMPELAYO, M.^a J.: «Labor de la Sección Femenina en el resurgimiento del folklore español», en VV. AA.: *Etnología y tradiciones populares*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1969, pp. 99-111.

⁹⁵ Circular de Pilar Primo de Rivera de marzo de 1944, citada por CASERO: *La España que bailó...*, p. 46.

la SF, con la ayuda de musicólogos y el dictamen de las dirigentes falangistas, seleccionaba aquellas piezas que mejor servían a los fines propagandísticos del régimen. Sobre todo, las que mejor simbolizaban la conjunción entre catolicismo y tradición, y que después eran difundidas por todo el territorio español, además de integrar el repertorio después mostrado por los grupos de Coros y Danzas en sus giras al exterior⁹⁶.

LAS AMBIGÜEDADES DE UN MENSAJE

Un factor que distinguía al nacionalismo de Estado franquista de otros nacionalismos de Estado fascistas contemporáneos era su menor y contradictoria capacidad para promover marcos de identificación local y regional como variantes complementarias de la identidad nacional. En parte, era una consecuencia del persistente espectro del separatismo, contemplado de modo implícito como un potencial enemigo presto a reaparecer tras cualquier concesión a las culturas e idiomas mesoterritoriales, o de cualquier medida de descentralización político-administrativa. Esas reticencias también tenían algún fundamento. La erudición local o regional, y la reatribución de significados atribuidos a las tradiciones y festividades locales, también ofrecieron ámbitos en los que intelectuales, activistas y grupos que habían militado en los nacionalismos subestatales con anterioridad a 1936-39, y que habían sido objeto de moderada represión, pudieron redefinir su espacio y modalidades de actuación. Algunos ejemplos catalanes podían ilustrar esa tendencia, como el caso de Vilanova i la Geltrú, donde los catalanistas católicos y los conservadores locales se transmutaron simplemente en entusiastas partidarios de la identidad local⁹⁷. También en Galicia, donde surgió desde la segunda mitad de los años cuarenta una colaboración entre dos grupos de actores. Por un lado, algunos activistas culturales próximos a los círculos que mantenían en la clandestinidad el nacionalismo gallego de preguerra, y que ejercían de eruditos locales, etnógrafos, escritores o publicistas. Por otro lado, algunos falangistas y carlistas locales que abogaban por una forma de regionalismo cultural dentro de los límites tolerados por el régimen, incluyendo a historiadores locales, etnógrafos, políticos retirados, periodistas y profesionales liberales. No se debe subestimar el papel de varios intelectuales que oscilaron entre sus lealtades galleguistas de preguerra y el nuevo falangismo de los años bélicos, a menudo reforzado por su anticomunismo. Algunas trayectorias individuales ilustraron esas ambigüedades, desde el escritor Álvaro Cunqueiro, antiguo galleguista radical devenido en falangista desde julio de 1936, y periodista influyente en diarios del

⁹⁶ SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Crónica...*, p. 192.

⁹⁷ Vid. CANALES SERRANO, A. M., *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Movimiento durante los años cincuenta y sesenta, hasta el etnógrafo e historiador Xosé Filgueira Valverde, galleguista conservador que tras 1939 se convirtió en un miembro influyente del partido único en la provincia de Pontevedra, pasando también por antiguos fascistas como el periodista José M.^a Castroviejo y el historiador Santiago Montero Díaz⁹⁸. Ferran Valls Taberner, José M.^a Porcioles —quien más tarde se convirtió en alcalde de Barcelona— y algunos representantes más del catalanismo conservador durante los años treinta podrían ser ejemplos comparables en Cataluña, como el grupo de la revista *Destino*, alrededor de personajes como el escritor Josep Pla, el falangista Ignacio Agustí o el tradicionalista Martí de Riquer. Y algo semejante ocurrió con algunos nacionalistas vascos antes de 1936, como el escritor católico José M.^a de Arteche, quien de ser miembro del *Gipuzku Buru Batzar* pasó a ser voluntario del ejército franquista en 1936, y un promotor de algún tipo de «vía vasca» dentro del régimen⁹⁹.

La exaltación de lo local también podía servir como un instrumento eficaz de integración social dentro de los mecanismos de creación de consentimiento puestos en práctica por el régimen. Esos impulsos demostraron, no obstante, ser contradictorios, lo que explicaba también el posterior (re)surgimiento de tendencias descentralizadoras en el seno de los cuadros institucionales, locales y provinciales del franquismo desde principios de los años sesenta, de modo paralelo al abrazo de postulados descentralizadores, regionalistas y/o nacionalistas periféricos por el conjunto de la oposición antifranquista. La eclosión autonomista de las postrimerías del régimen y que marcó el proceso de transición a la democracia también debe ser contemplado, desde esta perspectiva, como un resultado de las contradicciones y tensiones internas del nacionalismo franquista¹⁰⁰.

No obstante, lo local y hasta cierto punto lo regional fueron elementos cruciales para la comprensión y definición de la nación y su escenificación y representación durante el franquismo, desde las conmemoraciones y fiestas locales hasta las exhibiciones de folclore, y desde las representaciones pictóricas hasta el periodismo de trinchera de la División Azul. Las consecuencias políticas tangibles

⁹⁸ Vid. por ejemplo FORTES ALÉN, M.^a J. (ed.): *Xosé Filgueira Valverde – Ramón Otero Pedrayo. Epistolario*, Pontevedra, Museo de Pontevedra / SECC, 2009.

⁹⁹ MARIN I CORBERA, M.: *Josep M.^a de Porcioles: Catalanisme, clientelisme i franquisme*, Barcelona, Base, 2005; ÍD.: «Existí un catalanisme franquista?», en VV. AA.: *El catalanisme conservador*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1996, pp. 271-92; ARTECHE, J. M.^a de: *Un vasco en la postguerra. Diario 1939-1971* San Sebastián, La Gran Enciclopedia Vasca, 1977; ECHENIQUE ELIZONDO, T.: «Intelectuales vascos de la posguerra», *Cuadernos de Alzate*, 36 (2007) [disponible en: <http://www.revistas culturales.com/articulos/16/cuadernos-de-alzate/784/1/intelectuales-vascos-de-la-posguerra.html>].

¹⁰⁰ Vid. GARCÍA ÁLVAREZ, J.: *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político de España*, Madrid, Temas del Senado, 2002; NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Regions, Nations and Nationalities: On the Process of Territorial Identity-Building During Spain's Democratic Transition and Consolidation», en WAISMAN, C. H. y REIN, R.(eds.): *Spanish and Latin American Transitions to Democracy*, Brighton/Portland, Sussex Academic Press, 2005, pp. 55-79.

de esa imaginación espacial, sin embargo, permanecieron presas de sus propias contradicciones. La geometría de esferas de identificación territorial en España era variada e inestable. La región no existía como entidad político-administrativa, pero era constantemente invocada en la propaganda del régimen, sus escuelas y su publicidad turística, los recursos dedicados a la recuperación y renovación del folclore y la tradición local, etcétera. El centralismo franquista se basaba igualmente en un tratamiento simétrico de todas las provincias, a las que reforzó como circunscripción administrativa general y ente local desde la Ley de Bases del Régimen Local de 1945. Al mismo tiempo, las diputaciones también sufrieron un vaciamiento progresivo de sus competencias, en beneficio de la Administración periférica del Estado.

Como discurso identitario, el regionalismo cultural era compatible con un nacionalismo de Estado de signo fascista, autoritario o totalitario. Bajo los regímenes fascistas de la Europa de entreguerras, incluyendo en esa categoría al régimen franquista en su primera etapa, podían coexistir el uso de un imaginario e iconografía subnacional con una estructuración territorial centralista (en algunos casos), y con una apelación altamente emotiva a la nación como comunidad de destino, con un signo imperial. Como Alon Confino ha sugerido para Alemania, las metáforas de lo local y lo regional como vehículos de construcción de la nación siguieron aplicándose bajo muy distintos regímenes políticos¹⁰¹. A pesar del temor a la resurrección del separatismo, las visiones fascistas y fascistizadas de la nación y el Estado también eran capaces de guardar cierta afinidad con una noción de diversidad territorial y regional. El regionalismo podía ser invocado para combatir los peligros de la construcción estatal en su variante napoleónica: liberalismo, jacobinismo, progresismo y burocratización. Si el fascismo genérico puede ser definido, según autores como Griffin o Payne, como una forma de «nacionalismo palingenésico», situar la nación en la cumbre de la jerarquía de valores no significaba necesariamente que aquélla tuviese que ser homogénea desde el punto de vista territorial, político-administrativo y cultural. Para los fascistas, tanto en España como en otros países, la nación era una realidad más revestida de autenticidad que el Estado, que no se definía por ello en términos idealtípicos y racionales, sino a través de sus componentes espaciales subalternos, legitimados por la tradición.

¹⁰¹ CONFINO, A.: *Germany as a culture of remembrance: Possibilities and Limits of Writing History*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 2006.